

Carlos J. Finlay

(Extracto de una investigación amplia e inédita de la autora)

Por Perla Cartaya



Los orígenes de la familia Finlay se hallan en las tierras altas de Escocia. Era frecuente, entonces, la llegada de ciudadanos ingleses y de otras nacionalidades europeas: América del Sur se había convertido en un importante mercado para los ingleses desde que comenzaron las luchas independentistas, y trataban de asegurarse, por distintas vías, la simpatía de los libertadores para lograr ampliar su monopolio comercial. En esas circunstancias históricas, Edgard Finlay se aventuró a surcar los mares hasta alcanzar las tierras americanas.

Como era cirujano y tenía los documentos que lo acreditaban como graduado de la universidad de Edimburgo, fue rápidamente ubicado en el hospital. Siempre sonreiría al evocar los años que vivió allí: trabajó, luchó por abrirse paso y conoció a la mujer que sería su esposa, Marie Elizabeth de Barres de Molard, descendiente de la nobleza francesa que tenía a su favor una buena herencia.

De ese matrimonio, el 3 de diciembre de 1833 nació, en la ciudad de Camagüey, su segundo hijo, el cual fue bautizado en la iglesia parroquial mayor con los nombres de Juan Carlos. Algún tiempo después se trasladan a La Habana, donde comienzan a procurar para sus hijos una educación europea, pero no en Inglaterra sino en Francia.

Juan Carlos siempre se sintió llamado por los estudios de su padre y también estudia medicina, en Estados Unidos y, a fines de 1855, recién graduado, regresa a La Habana. Antes de que expire el año solicita al Rector de la Universidad la incorporación de su título para comenzar a ejercer su profesión. El 30 de enero de 1856 cumplimentó los requerimientos que le exigieron; pero cuando el 17 de febrero lo examinan, fue reprobado y, sin razones legales, lo obligan a esperar un año. Carlos Finlay (así se firmaba) no espera ese tiempo en Cuba: viaja con su padre a Lima (Perú), donde este incorpora su título en la universidad de San Marcos (22 de abril de 1857) y regresa a su patria a tiempo de realizar nuevos exámenes ante un tribunal formado por prestigiosos catedráticos, y resulta aprobado (15 de julio de ese mismo año).

El 16 de octubre de 1863 contrajo matrimonio, en la iglesia de Monserrate, con la señorita Adelaida Shine, a quien había conocido durante su estancia en Trinidad. Tuvieron tres hijos: Carlos Eduardo (el mayor), Jorge Enrique y Frank. El segundo ganaría el premio extraordinario al graduarse de Licenciado en Ciencias Físico-Químicas en 1897.

En 1865, Juan Carlos presenta Memoria sobre la etiología de la fiebre amarilla ante la Academia de Ciencias, para optar al título de socio supernumerario, obra que constituye, según dijo, el resultado de sus estudios y observaciones a partir de 1858. Se sitúa como un epidemiólogo muy bien informado que se adhiere, en lo fundamental, a la doctrina anticontagionista y, en consecuencia, a la teoría miasmática-climatológica de las enfermedades epidémicas.

Pero la trayectoria de la vida de Carlos Finlay parece tener un sino: luchar contra el medio, contra la incompreensión de los colegas, contra las intrigas que a veces suelen tejerse en los medios intelectuales. Finlay nunca pudo ingresar a la Academia como socio corresponsal. Pero no se desanimó. Nunca se rindió. Siete años transcurrieron durante los cuales continuó remitiéndole a la Academia sus trabajos y como todo tiene su tiempo y su momento, ingresó como socio de número en la sesión pública del 22 de septiembre de 1872, presentando el trabajo Alcalinidad atmosférica observada en La Habana.

Desde 1860 existía en Cuba una creciente preocupación de los médicos ante el problema epidemiológico de la fiebre amarilla. Nadie lograba saber cómo se inculcaba y se producía el contagio. Finlay compartió, por algún tiempo, el criterio sostenido por los médicos: el mal estaba en la atmósfera. El 7 de julio de 1879 llegó a La Habana la Comisión para el estudio de la fiebre amarilla, designada por el Consejo de Sanidad de los Estados

Unidos. El general Ramón Blanco, gobernador general de Cuba, designó, junto a otros, al doctor Carlos Finlay, para que asesorase a la Comisión y cooperase con ellos en nombre del gobierno de España en la Isla. Así, Finlay inicia sus labores sanitarias oficiales, y aunque la Comisión no tuvo éxito en el propósito que la animaba, él no siguió pensando en la alcalinidad de la atmósfera como factor de contagio.

Fue convocada una Conferencia Sanitaria Internacional para febrero de 1881, teniendo como sede a Washington. El gobernador general de Cuba designa a Finlay para representar en ese evento a las islas de Cuba y Puerto Rico. Es en esa ocasión que Finlay se refiere, por primera vez, a la existencia de un agente cuya existencia sea completamente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesario para transmitir la enfermedad del individuo enfermo al hombre sano, pero como no dijo en su declaración cuál era el agente intermediario, los delegados no prestaron mucha atención a sus palabras. Sin embargo, desde 1880, Finlay no dudaba: era el mosquito el agente intermediario en la transmisión de la fiebre amarilla.

Cuando tuvo la confirmación de su tesis, es decir, la evidencia científica respaldada por el procedimiento experimental incuestionable, se dispuso a exponerla ante los académicos. El 14 de agosto de 1881, el doctor Finlay, con serenidad no exenta de emoción, leyó su trabajo El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla. Sin embargo, sólo recibió un desconcertante silencio. Mientras se marchaba, tranquilo en apariencia gracias a la flema inglesa que heredó de sus mayores, agradecía en silencio a quienes tanto lo habían apoyado: el doctor Claudio Delgado, su fraternal compañero de trabajo, y a los Padres de la Compañía de Jesús, que fueron los primeros en prestarse a sus inoculaciones por el mosquito.

La teoría finlayista no era siquiera discutida. Pero él, sostenido por su profunda fe cristiana, católica, no desmaya, prosigue los experimentos en la calle Prado número 52, donde radica su consulta. Inocula soldados de la fortaleza de la Cabaña, a los Padres Jesuitas del colegio de Belén de La Habana y Monserrat, de Cienfuegos, así como a los Padres Carmelitas Descalzos: 24 se prestaron a los experimentos. El 29 de febrero de 1884 presenta en la Facultad de Estudios Clínicos: Fiebre amarilla experimental comparada con la natural, en sus formas benignas.

El doctor Finlay no era hombre de luchas políticas, sino de indagación científica. No obstante, era justo y sensible, y aunque sostuviera relaciones de trabajo con los funcionarios del gobierno colonial y agradeciera la ayuda a su labor, su simpatía y apoyo estaban al lado de la necesaria contienda de su pueblo para obtener la independencia.

Después del fin de la guerra, durante la ocupación norteamericana, se intensificó la preocupación del gobierno de los Estados Unidos con respecto a las epidemias de fiebre amarilla. Así las cosas, el Secretario de la Guerra E. Root dispone que el cirujano general Y. M. Sternberg organice otra Comisión de médicos militares que debía permanecer en Cuba desde el 30 de junio de 1900 hasta el 9 de febrero de 1901. Esta Comisión inició las investigaciones de acuerdo con el plan elaborado, basado en la tendencia contagionista y tratando de encontrar el agente causal de la enfermedad. Pero fracasó. Ante la presión del Gobierno, el mayor Reed accedió a ensayar con la doctrina de Finlay: si fracasaban, asegurarían haber agotado todas las posibilidades. En esas circunstancias, acudieron a visitar al doctor Carlos J. Finlay.

Las conclusiones finales de la Comisión con la doctrina Finlay fueron esencialmente las mismas. En sólo un punto aventajó esta a Finlay: afirmaron la naturaleza viral de la enfermedad. Ante este éxito, el gobernador Leonard Word hizo de inmediato un reconocimiento público a Finlay, afirmando que todo el mérito del descubrimiento se debía a la teoría del médico cubano, la cual era absolutamente verdadera. No obstante, cuando el gobierno de los Estados Unidos conoció que se había comprobado experimentalmente la teoría de Finlay, dio a conocer –mediante sus vías de divulgación– este hecho como un descubrimiento triunfal de la ciencia norteamericana en la isla de Cuba. El doctor Finlay reaccionó vigorosamente ante esta usurpación, apoyado por las instituciones médicas del país y por profesionales tan destacados como Díaz Albertini, Claudio Delgado, Juan Guiteras, Jorge Le Roy, Enrique Barnet y otros.

Al constituirse la República, el 20 de mayo de 1902, el doctor Carlos J. Finlay fue el primer jefe del Departamento de Sanidad, adscrito a la Secretaría de Gobernación. Dedicó su atención personal a estructurar el Departamento de Sanidad de Cuba. Entre los asuntos fundamentales que trató este nuevo organismo estuvieron: el establecimiento de la vacunación preventiva contra la viruela en toda la República, la campaña contra el paludismo, la prohibición de los matrimonios entre leprosos... Pero la obra fundamental de la Junta, con la

intervención directa del propio doctor Finlay, fue la redacción de las Ordenanzas Sanitarias, punto de partida para el primer Código Sanitario Cubano.

El doctor Carlos J. Finlay falleció el 20 de agosto de 1915. Su patria no lo olvida: hay instituciones que llevan su nombre y, cada año, el día de su natalicio, se celebra el Día de la Medicina Americana.